

LOS

ESTREMOS SE TOCAN

COMEDIA EN TRES ACTOS

DE

ROMAN VIAL

ESTRENADA

EN EL TEATRO DE LA VICTORIA DE VALPARAISO.

EL 12 DE DICIEMBRE DE 1871

POR LA COMPAÑIA GARAY.

VALPARAISO.

IMPRENTA DEL MERCURIO
DE TORNERO Y LETELIER.

1872.

PERSONAS.

Doña Cruz..... Doña Matilde L. de Garay.
Adelina..... Sta. Matilde Garay.
Margarita..... " Clara O'Loghlin.
Anibal..... Don Alberto Garay.
Fernando..... " Julio Garay.
Fidel..... " Luis Anitua.
Don Faustino..... " Mateo O'Loghlin.
Dos criados.

La escena en Valparaiso y en nuestros dias.

ACTO PRIMERO.

Sala de recibo con una puerta y una ventana a la derecha y dos puertas a la izquierda. — Entrada principal al foro. — Muebles medianamente decentes. — Un piano.

ESCENA PRIMERA.

DON FAUSTINO de bata y gorro, calados los anteojos, leyendo un periódico junto a la ventana, y FERNANDO, que llega de la calle.

Fer.—(Siempre leyendo!) Es usted insaciable, señor don Faustino.

Faus. (Llevándose la mano al oido.)—Me has dicho algo, Fernando?

Fer. (Sentándose a su lado y levantando la voz.)—¡Que mui temprano toma usted el diario por su cuenta!

Faus.—Qué quieres, hijo; este es el único entretenimiento que nos queda a nosotros los viejos.

Fer.—¡Nada mas que ese!

Faus.—Demasiado sabes tú que yo no me divierto en otra cosa. Yo no paseo, no bebo, no juego...

Fer.—Que usted no beba, habiendo sido marino, pase; pero que tampoco juegue a la edad en que se mata el tiempo con la malilla o el rocambor...

Faus.—¡Matar el tiempo has dicho? Mira: siempre me ha chocado esa figura por lo que tiene de criminal y alevosa. ¡Matar el tiempo!

Fer.—Pero, veamos, ¡qué leia usted con tanto interes! ¡Tenemos cambio de ministerio!

Faus.—Suponiendo que lo hubiera, ¡crees tú que esas cosas me llaman la atencion?

Fer.—Entonces, ¡qué leia usted?

Faus.—Un acápite sobre la inmigracion santiaguina, que empieza a invadir los hoteles... Y a propósito: ¡sabes que entre los huéspedes de este año tenemos unas amigas?

Fer.—¡De veras!

Faus.—No hace mucho que me lo han contado.

Fer.—¡Y quiénes son ellas?

Faus.—Antiguas relaciones. Tú no debes conocerlas. Ya se vé, hace tan poco tiempo que estás con nosotros. ¡Pero tu mujer no te ha hablado de esa familia!

Fer.—Al menos, no lo recuerdo.

Faus.—Es extraño que Adelina no te haya contado nada.

Fer.—Qué ha de contarme, señor! Demasiado sabe usted lo que es su sobrinita. Como no sea contrariarme, y armar grescas, y...

Faus.—Vamos, no se trata ahora de acusaciones.

Fern.—Entonces, al asunto.

Faus.—En dos palabras voi a imponerte de todo.

Fern.—Vaya por ser dos palabras.

Faus.—Hará unos cinco años que el jefe de esa familia, don Feliciano Muñoz, a quien Dios tenga en su santa guarda...

Fern.—Cómo! Se murió tan pronto!

Faus.—No tan pronto que digamos, porque solo arrió bandera a los setenta y pico de años y despues de dejar una fortunita como de cien mil pesos...

Fern.—A quién, señor?

Faus.—A una viuda y dos hijos, hembra y varon, únicos herederos.

Fern.—Y esto es todo?

Faus.—En resumen; pero quedan otros detalles.

Fern.—Prosiga usted, que me va interesando su narracion. (Esto de saber la vida ajena!)

Faus.—Fuese por ahogar el pesar, o porque no se atreviesen a poner la proa a

viento de las murmuraciones, lo cierto es que a los pocos días de muerto Feliciano, amollaron en popa hasta Santiago, en donde dieron fondo, hasta ahora que habrán venido sin duda a recorrer la costa.

Fern. — Pero qué clase de murmuraciones podian turbar la paz de esa familia?

Faus. — Voi a decírtelo. La sociedad murmuraba con razon. Feliciano y su familia habian llevado una vida miserable, mezquina, con todo el egoismo y las ruindades de la avaricia.

Fern. — Ahora comprendo.

Faus. — Hasta sus últimos momentos, aquel anciano no vivió sino esquilmando a la humanidad. De ahí su fortuna. Usurero implacable, bajo su ruda mano sucumbia cuanto infeliz le buscaba en sus momentos angustiados, como el naufrago busca su tabla de salvacion.

Fern. — ¡Y sus herederos talvez nadan hoy en la opulencia!

Faus. — Tal es el mundo, hijo. Conozco una pobre viuda y tres hijos a quienes ese hombre, que Dios haya perdonado, dejó en la miseria con la ejecucion de una hipoteca que apenas necesitó dos años para absorberse, con los crecidos intereses, el valor de la propiedad hipotecada. Creo que aun se ventila un juicio promovido por el tutor de los menores.

Fern. — ¡Y asi premia Dios tanta iniquidad!

Faus. — Nô, Fernando; es cierto que Dios es el primero en darnos ejemplos de tolerancia; pero al fin sabe castigar nuestros errores. Aunque algo tarde, Feliciano pagó sus crímenes con su propia existencia.

Fern. — Cómo!

Faus. — Una mañana,— no obstante su fortuna y su avanzada edad,— se encontraba dirigiendo la construccion de uno de sus edificios, porque tal era su costumbre. Regañaba cruelmente a un obrero porque se le habian escapado algunos clavos, que él se apresuró a recojer, cuando un albañil, fuese casual o intencionalmente, le dejó caer un grueso madero desde los andamios. Feliciano fué hombre al agua.

Fern. — De manera que el palo ese...

Faus. — Le mató.

Fern. — (Y dicen que Dios castiga sin palo ni piedra!)

Faus. — Tal fué la vida y la muerte de Feliciano. Era mi amigo, es cierto, y Dios haya tenido piedad de él; pero la verdad debe decirse, mal que nos pese, sobre todo cuando es una verdad que está en la conciencia pública.

Fern. — Con que la familia que ha llegado de Santiago es la viuda y los hijos de ese judío?

Faus. — Los mismos.

Fern. — Permita Dios que no se les antoje venir por aquí.

Faus. — Pero no te alarmes, porque son de condicion distinta a la de Feliciano. Es verdad que hasta cierto punto ellos cargan con esos infamantes antecedentes; pero estaban bajo la potestad del padre y del esposo, y ante ella tenian que inclinarse. Donde manda capitán, hijo, no manda marinero.

Fern. (Levantándose.) — Entonces, ahora que son libres habrán cambiado de vida y de conducta.

Faus. — No lo sé; porque desde que se marcharon a la capital, apenas he oido hablar de ellos.

Fern. (Dirigiéndose al comedor por la puerta de la derecha.) (Mui entretenido con la conversacion del tio, y mientras tanto el almuerzo...) (Vase.)

ESCENA II.

DON FAUSTINO y ADELINA, izquierda.

Adel. — Tio!... Tio!!... (No me oye, o talvez no quiere oirme, porque hai dias que estos sordos amaneцен dispuestos a no sentir ni los cañonazos.) (Acercándose a él, que habrá continuado su lectura.) Qué hubo de mi encargo, tio?

Faus. (Poniéndose de pie.) — Encargo?

Adel. — Nada ha descubierto usted todavía?

Faus. — Que si he descubierto?

Adel. — Sí.

Faus. — Qué cosa?

Adel. — Se conoce que lo ha tomado usted con mucho interes.

Faus. — Ah! ya caigo!... Pero qué he de descubrir! Si no ha de haber nada, hija! Deben haberte engañado.

Adel. — Nô, señor.

Faus. — Alguna de esas chismosas que nunca faltan.

Adel. — Yo lo he sabido de mui buen oríjen. Y luego, no ha notado usted en Fernando...

Faus.—Mira, Adelina, tu marido te quiere, yo lo sé mui bien; y no es posible creer tampoco que cuando todavía no hace un año que está casado contigo, vaya a...

Adel.—Esa no es una razon.

Faus.—Que no es una razon has dicho? Vaya si lo es!

Adel.—Pues yo no lo creo así, porque hai muchos maridos que, no digo antes del año, antes del mes...

Faus.—Eso, hija, conforme y segun.

Adel. (*Alzando la voz.*)—¡Usted no me ha oido bien, tio!

Faus.—Te he oido y te he comprendido perfectamente, muchacha. Mira: cuando los esposos se quieren como tú y Fernando, y cuando en el enlace no ha habido otro vínculo que el del amor, semejante lazo no se rompe asi no mas, no digo en un año, ni en dos, ni...

Adel.—Sí, mucho amor me tendrá Fernando, pero no lo demuestra con sus hechos. Obras son amores, tio, y no buenas razones.

Faus.—Tú lo has dicho. ¡Y qué es lo que hace Fernando? Es cierto que suele ser un poquito duro contigo; pero eso es por lo mismo que te quiere.

Adel.—Sí, bonito modo de querer! Quien te quiere te hará llorar.

Faus.—Eso es; has dicho el Evangelio. Mira, hija: yo mujer, viviría agradecida al hombre que se interesase por mí; y por el contrario, no me gustaría mucho el esposo que me dejase hacer lo que yo quisiese; porque, una de dos: o ese marido era un badulaque a quien le importaba un comino el porvenir y el honor de su familia, o era uno de los muchos que, por desgracia, abundan en estos tiempos, un Juan Lanas. Ai, hija! Cuando un marido, sin qué ni para qué, anda con muchas zalamerias con su mujer, es talvez porque se la está jugando. Y viceversa, cuando la mujer... pero esto no hace al caso.

Adel.—Usted dirá lo que quiera; pero a mí no me gusta un marido que se ande metiendo en todo...

Faus.—En donde el marido no se mete, muchacha, todo anda mal, mui mal. Las mujeres aun no han aprendido a emanciparse de ese tutelaje. Y aquí mismo tienes tú la prueba. Esta casa se ha echado por la ventana, como suele decirse: primero, porque tu padre fué dema-

siado bueno con tu madre; y segundo, porque tu madre lo ha sido a su vez contigo. Por eso esta casa no andaba mas que al garete y todo ha corrido borrasca.

Adel.—En fin, yo no he de permitir que Fernando...

Faus.—Tanto peor para tí, porque no tendrás un momento de tranquilidad, y llegará un dia en que...

Adel.—Qué!?

Faus.—Que... que haga una barbaridad.

Adel.—Pues era lo que le faltaba!... Pero qué ha de decir usted: hombre al fin. (*Aflijida.*) ¡Siempre las pobres mujeres hemos de ser esclavas de los hombres!

Faus.—Y por qué, vamos a ver, han de ser solamente los hombres los esclavos de las mujeres?

Adel. (*Dirigiéndose al piano.*) — (Cuándo habrá sido esclavo de ninguna mujer el viejo soltero!)

Faus. (*Siguiéndola.*)—No te oigo, muchacha!

Adel. (*Levantando la voz.*)—He dicho que voi a tocarle una polka!

Faus.—Polka a mí! Para baile estoi yo! (*Váse por la izquierda.*)

ESCENA III.

ADELINA sentada al piano.

Adel.—Nó, señor, no puedo resignarme. Despues de haber sido criada con tanto regalo y dueña absoluta de mis acciones, venir ahora a estar sometida a los caprichos de un hombre tan odioso, tan testarudo y entrometido!... Es mui cierto que él me quiere, no lo puedo negar, porque ya me ha dado muchas pruebas... y yo tambien lo quiero, ¡por qué no he de decirlo! pero... ai! qué caros me cuestan sus cariños!... (*Acomodando el papel de música.*) Ea! penas a la espalda y vamos tocando una polka mientras se prepara el almuerzo y antes que llegue ese majadero, ese enemigo declarado de la música y de todas las bellas artes. (*Empieza o tocar.*)

ESCENA IV.

ADELINA y FERNANDO que aparece en la puerta del comedor.

Fern.—Señorita!

Adel.—Ai!! (*Parándose.*) Me has asustado, Fernando.

Fern. (*Adelantando y poniendo su sombre-*

ro sobre un mueble.) Parece que ya es hora de almorzar.

Adel. (*Cariñosa.*) — Por qué ha venido hoy tan temprano, hijito?

Fern. (*Sacando el reloj.*) — Cómo temprano!... Las once y cuarto.

Adel. — No puede ser, tu reloj debe andar adelantado.

Fern. — Podrá andar adelantado mi reloj, señora; pero a mí el hambre no se me adelanta nunca.

Adel. (*Asomándose a la ventana.*) — Mira: cómo es que el sol está todavía...

Fern. — En dónde? ¡no ves que está nublado?

Adel. — Ah! Sin duda por eso me he engañado.

Fern. — Pero dejémonos del sol: ¡has hecho lo que te encargué!

Adel. — Qué cosa? No recuerdo...

Fern. — Ya lo presumía yo! En sentándote al piano...

Adel. — Y tú en agarrándola con el piano...

Fern. — Dejemos tambien el piano a un lado; no vengo con el humor de reñir: ¡has arreglado esos pantalones!

Adel. — Tan pronto? Si no se los he llevado todavía al sastre.

Fern. — Pero mujer! mujer! ¡Yo te he nombrado al sastre para nada! Eso es, páguelas usted las ganas a esos caballeros hasta por un miserable zurcido.

Adel. — Cómo! Y yo había de coserlos? Sé acaso...

Fern. — Lo que usted sabe es oponer dificultades a todo. Para dar cuatro puntadas y pegar un par de botones no se necesita de sastre. Y si usted no lo sabe hacer, yo se lo enseñaré, porque eso lo hace cualquiera. Tráigame usted mi pantalones ahora mismo, y déme aguja, hilo, dedal...

Adel. — Bien; haga usted lo que guste; pero sepa que yo no me he casado con usted para andarle cosiendo los pantalones. Lo que no hice ni con mi papá...

Fern. — A su papá no se le descoserían nunca...

Adel. — No fué por eso sino porque...

Fern. — Porque talvez su papá era demasiado calzonazo... Pero yo no, señora; porque ha de saber usted que yo sé meterme en mis calzones...

Adel. — Jesus! Qué lenguaje!

Fern. — Para que usted me entienda. Y vamos a ver: si usted no se ha casado conmigo para coserme siquiera lo que

tenga roto o descosido, ¡quiére hacerme el favor de decirme para lo que se casó?

Adel. — Vaya una pregunta! Para qué se casa todo el mundo?

Criado. — Unas señoritas y un caballero preguntan si pueden pasar adelante.

Adel. (*Con alegría.*) — Tenemos visitas!

Fern. — ¡Quiénes serán?

Criado. — La señora me ha dicho que se llama doña Cruz...

Adel. — Ah! Doña Cruz! Al momento que pasen. (*Váse el criado.*)

Fern. — (Nada me gustan las visitas a la hora del almuerzo.) Qué doña Cruz es esa?

Adel. — Una antigua amiga.

Fern. — (Ah! Ya estoy!) La mujer del viejo judío.)

ESCENA V.

DICHOS, DOÑA CRUZ y MARGARITA, de gran lujo, ANÍBAL de media parada.

Adel. (*Corriendo a su encuentro.*) — Doña Cruz!... Margarita!...

Cruz. — Hijita!...

Marg. — Adelina!... (*Se abrazan y besan.*)

Adel. (*Señalando a Fernando.*) — Mi marido. (*A Fernando.*) Te presento, Fernando, a dos buenas amigas. (*Se dan la mano.*)

Cruz. — Ahora les presentaré yo a nuestro amigo don Aníbal Guerrero, teniente del ejército...

Anib. — Subteniente, señora.

Cruz. — Lo mismo dá... y es de las principales familias de Santiago.

Anib. (*Con petulancia, pero afectando modestia.*) — Señora!... (*Estrecha la mano de Adelina y luego la de Fernando.*)

Adel. (*Acerando sillazos.*) — Por aquí, doña Cruz... Acá, Margarita.

Fern. (*Indicando otra silla.*) — Tenga usted la bondad, señor Guerrero.

Anib. — Gracias, caballero. (*Se sienta y cerca de él Fernando.*)

Cruz. — Y cómo está tu mamá?

Adel. — Siempre hecha una mómia, como usted la dejó.

Cruz. — Y qué es de don Faustino? ¡Siempre el mismo!

Adel. — Ni mas ni menos. Eso sí, cada dia mas sordo... ¡Y cuándo llegaron ustedes?

Cruz. — Hace pocos dias.

Adel. — Piensan quedarse aquí?

Cruz. — De ninguna manera: solo hemos

venido a darnos algunos baños de mar con este cabellero que se ha dignado acompañarnos.

Anib.—No diga usted eso, señora. Para mí ha sido el placer...

Adel.—¡Cómo está Fidel?

Marg.—Bueno; se quedó en Santiago.

Adel.—Ya estarán ustedes mui hechas en la capital.

Cruz.—Bastante; porque haz de saber que desde que se nos murió Feliciano... pobrecito! tan bueno mi viejecito!... no quisiera ni pensar en Valparaíso.

Fern.—Tiene usted mucha razon, señora.

Cruz.—Vea usted, los pocos dias que permanecimos aquí despues de su muerte, fueron de incesante martirio para mí. A cada momento me parecia verlo llegar quejándose de los trabajadores. ¡Tanto como le daban que hacer, y tan odioso como era tambien el pobrecito! En fin, nos fuimos a Santiago, y ya fué otra cosa... ¡Qué linda ciudad!... qué lujo!... qué de paseos y tertulias!... Cómo se goza allí!

Anib.—Oh! Para darse gusto, Santiago, señora, Santiago. (*Pasando cigarros a Fernando.*) Usted, por supuesto, habrá estado en la capital.

Fern.—Desgraciadamente, una sola vez; y tiene usted mucha razon: para gozar, nuestra aristocrática capital.

Cruz.—Y vaya que es aristocrática! ¡Te acuerdas, Margarita, cuando llegamos nosotras y casi no nos hacian caso! Pero apenas compramos coche...

Mary.—Ya tú sabrias, Adelina, que teniamos coches.

Anib.—Y dos por falta de uno.

Fern.—(Qué pintores!)

Cruz.—Ai, hijita! Ahora es cuando estamos gozando y comprendiendo la triste vida que antes llevábamos, nada mas que por habersele metido en la cabeza a Feliciano que no debiamos aparecer. Y como era tan testarudo el pobrecito!...

Fern.—(Ya comprendo: esta familia se ha desbocado apenas se ha visto con las riendas sueltas.) (*Levantándose.*) Con su permiso, señoras; caballero, un momento no mas... (No vale la pena que yo pierda mi almuerzo. (*Váse, derecha.*))

Cruz.—Yo tambien quisiera ir a ver a tu mamá, Adelina. (*Levantándose.*) Llévame a su cuarto. Ya será hora de que esté despierta. (*Váse por la primera puerta, izquierda, acompañada de Adelina.*)

ESCENA VI.

ANÍBAL y MARGARITA.

Anib. (*Paseándose y examinando la casa.*)

—¡Esto es lo que llaman casa en Valparaiso!... ¡Y qué muebles!... Mírenle la facha al piano!

Marg.—No sea usted reparon, don Aníbal.

Anib.—Cómo se conoce que esta jente es de medio pelo!

Marg.—Qué llama usted medio pelo?

Anib. (*Siempre examinando la casa y aun asomándose por las puertas.*)—Es claro: todo lo que no es de pelo entero como nosotros, Margarita. (*Asomándose a la puerta del comedor.*) Qué olor a almuerzo! (*Retirándose con prontitud.*) Diablo!... Casi me han visto... ¡Y sabe usted, Margarita, que este olorcito es incitante? ¡Querrá creer que me han dado ganas!

Marg.—De veras?

Anib.—Y vea usted: no hace una hora que almorcé. No puede negarse que los militares somos mui comilones!

Marg.—Pierda cuidado, don Aníbal, que en llegando a casa hemos de hacer unas buenas onces.

Anib.—(Pero cómo huele! Debe ser esto fado!...)

Marg.—Le veo inquieto, don Aníbal. ¡Ha visto algo por ahí?

Anib.—Ah, Margarita! Qué he de haber visto! (Maldito sea el almuerzo! Y que estoy en ayunas.) (*Acerándose a Margarita.*) Qué quiere usted que vea en estos momentos, Margarita, sino a usted, ángel de mis ensueños!... mi felicidad!... mí...

Marg.—Cállese usted, por Dios! No vayan a oirnos, o venga alguien.

Anib.—Qué han de venir! (*Acerándose al comedor.*) Si no viene mas que ese maldito olor!... Pero, señor, yo estoy sufriendo la pena de Tántalo!... Qué bárbaro es ese hombre, que se atreve a almorzar solo teniendo visitas... Impolítico!)

Marg.—A usted le está pasando algo, don Aníbal.

Anib.—Qué ha de pasarme, Margarita! Si no me pasa nada! (Se le hace poco para él!)

Marg.—Sin embargo, noto en usted un no sé qué...

Anib.—Y no lo comprende usted? Qué poca penetracion! Pero nó, es que se complace

usted en verme sufrir!... (Hombre, qué olor a tortilla!...) Con que no comprende la causa de mi ajitacion!... ¡No comprende usted, dueño de mi alma! mi cielo! que cuando la veo asi, tan bonita, tan hechicera, tan... (*Huele y mira hacia el comedor*) me entran unos apetitos... que de buena gana me la comiera a usted?

Mary.—Está loco, don Aníbal! Que siempre ha de andar con sus travesuras.

Anib. (*Afectando sentimentalismo.*) — Hé aquí la desgracia de los hombres de este ríor alegre como el mio! Siempre, aun en las cosas mas serias de este mundo, —porque sin duda nada hai mas serio que el amor,— lo toman a uno por el lado jocoso, y todo lo echan a la bufonada. Esto no es para chanzas, Margarita, porque demasiado sabe usted que yo la amo con toda la vehemencia de mis juveniles años, con todo el fuego de la pasion de un valiente militar que hoi se declara su mas rendido prisionero... (*Se arrodilla y volviendo la cabeza hacia el comedor*) ¡Qué olor a beefsteak!)

Marg. (*Parándose sobresaltada.*) — Por Dios, don Aníbal! Qué hace usted! ¡Quiere dar un escándalo en esta casa! (*Váse precipitadamente por la izquierda.*)

ESCENA VII.

ANÍBAL.

Anib.—Irá a acusarme a su mamá! Está visto que no me admite ni en calidad de prisionero. Aguardemos entonces mejor oportunidad para empezar de nuevo las hostilidades. En ultimo caso, con unos cuantos ataques en regla y un sitio por hambre, se rinde a discrecion y el botin es mio... Veinticinco mil pesos es una bonita herencia. Ya estudiaré bien mi plan de ataque. (*Dirigiéndose a la puerta del comedor.*) Mientras tanto, no me parece justo que tambien yo me esté dejando situar por hambre.. Demos un asalto... (*Asomándose.*) Gracias, caballero... buen provecho... Usted dispense... (*Pausa.*) Se lo aprecio muchísimo, como si lo tomara... (*Sacando un cigarrillo.*) ¡Me hace usted el favor de un fuequito? (*Pausa.*) Oh! tanta bondad!... Vaya pues... (*Entra en el comedor.*)

ESCENA VIII.

DOÑA CRUZ y ADELINA.

Cruz.—Al fin he tenido el gusto de volver a ver a tu mamá. Aunque siempre con

la parálisis, su cabeza está buena todavía... Y qué se ha hecho don Aníbal?

Adel.—Ai! qué imprudentes hemos sido: dejarlo solo!

Cruz.—No tengas cuidado, Adelina, porque es un joven mui corriente. Talvez haya salido a alguna diligencia .. Y dime, hijita, ¿cómo se porta contigo tu marido? Me parece, asi, un poco hurao... .

Adel.—Ai, doña Cruz! Fernando es un marido... Si usted supiese qué marido!...

Cruz.—Es posible, hija?

Adel.—Nada mas que porque nos hallamos un poco atrasados, se le ha metido en la cabeza que no he de echar lujo, ni quiere que salga a paseos ni tertulias, ni que baile, ni que toque, ni que duerma...

Cruz.—Habráse visto! Bien yo le había encontrado no sé qué de parecido a Feliciano.

Adel.—Le ha dado la mania por que el lujo y los desarreglos han sido la causa de nuestra ruina, y se ha puesto insopportable.

Cruz.—Pero cómo ha de ser! Paciencia, hijita! No hai más que cargar con la cruz. Bastante que yo llevé a cuestas la de mi Feliciano! Ya tú sabes lo que era el finado: ¡tan retirado de las cosas del mundo! Y gracias a él, despues de Dios, ahora estamos disfrutando de los goces de esta vida. Bien nos solia decir: «Si yo me afano en trabajar, hijas, no es mas que por ustedes, y algun dia me lo tendrán que agradecer.» Al fin se le cumplieron sus deseos: se murió el pobrecito, y gracias a Dios, nos dejó un pan que rebanar.

ESCENA IX.

DICHAS, FERNANDO y ANÍBAL, que salen del brazo, el último fumando un puro.

Cruz.—Aquí está don Aníbal!

Anib.—Se le ofrecia a usted algo, señora?

Cruz.—Nada, nada; creí que usted se había marchado.

Fern.—Estábamos en el comedor, señora.

Anib.—Este caballero que me invitó a tomar una taza de café; y aunque, francamente, no estaba mui dispuesto, al fin... han sido tantas las exigencias....

Fern.—(De su estómago... Este soldado es de línea!)

Anib. (*A Fernando.*)—Me decia usted algo?

Fern.—Que tome usted asiento.

Anib.—Mil gracias. (Qué amable!) (*Se sientan ambos.*)

Cruz.—Hazme el favor, Adelina, de avisar a Margarita que ya es hora de irnos.

Fern.—Tan pronto, señora?

Adel.—Un momento mas.

Anib. (*Mirando con satisfaccion el cigarro.*)

Hombre! Qué buenos puros fuma usted!

Que se los mandan de Santiago?

Fern.—Nó, de la Habana.

Anib.—Quién se los regaló?

Fern.—Un amigo.

Cruz.—Vé, Adelina, a llamarla a Margarita. Otra vez nos vendremos un dia entero. (*Váse Adelina.*)

Anib.—Qué buenos cigarros para las guardias de cárcel! Con que son de Regalia...

Fern.—Nó, señor, son Trabucos.

Anib.—Con un par de estos trabucos, yo no le tenia miedo a nadie.

Fern.—¡Quiere usted aceptarme algunos? (*Parándose.*) Tendré mucho gusto de proveerle con armas de mi arsenal.

Anib.—Oh! no se incomode usted...

Fern. (*Yéndose.*) — De ninguna manera. (No puede negarse que es valiente el oficialito.)

Anib.—Señora: qué bueno es este caballero.

Cruz.—Así parece. (No dice lo mismo su mujer.)

Anib.—Cómo que así parece. Lo es en realidad.

Cruz.—Y yo digo que no?

Anib.—Vaya si es un magnífico amigo este señor! Y cómo ha simpatizado conmigo! Aquí viene...

Fern. (*Con un cajon de cigarros.*) — Le traigo a usted Trabucos y Brevas.

Anib. (*Parándose y recibiendo el cajoncito.*) — Oh! tanta amabilidad, caballero! Es decir que usted no solo me provee de armas, sino tambien de municiones de boca.

Fern.—Eso es: Trabucos y Brevas.

Anib.—(No es mala breva la que me he encontrado en esta casa.) Dói a usted un millon de gracias, don Fernando; y en su nombre me voi a chupar todo este breveaje.

ESCENA X.

DICHOS, ADELINA y MARGARITA que salen juntas.

Marg.—¿Nos vamos, mamá?

Cruz.—Sí, hija; ya es hora.

Adel.—Un momentito mas, doña Cruz. Siéntate, Margarita. (*Se sientan.*)

Cruz.—Pero no se olviden ustedes que tienen que pagarnos pronto la visita, porque talvez nos vayamos mui luego a Santiago.

Anib.—Ah! por supuesto! (*A Fernando.*) Cuente usted con su casa...

Fern.—Gracias.

Adel.—Pero en dónde están viviendo?

Anib.—Calle de la Victoria.... no recuerdo el número.

Marg.—Yo se los mandaré en una tarjeta.

Cruz.—Pero vamos, hija, de una vez.

Anib.—Sí, vamos, vamos. (Que ya va siendo hora de hacer las onces. Y despues de las onces, trabucazo seguro! (*Dando golpecitos en el cajon*) (Qué breva!)

Cruz.—Mucho gusto de haberlo conocido, señor don Fernando.

Fern.—A sus órdenes, señora.

Marg.—Adelina, adios.

Adel.—Adios, Margarita..... Doña Cruz, adios. (*Se abrazan y besan.*)

Marg. (*A Fernando.*) — Señor.... lo pase usted bien.

Fern.—A los piés de usted, señorita.

Anib.—Con que, señor don Fernando, hasta mas ver. Señorita Adelina, beso a usted la mano.

Adel.—Adios, señor.

Fern.—Que le vaya a usted mui bien, ya sabe la casa... (*Aníbal habrá ido retrocediendo a cortesías hasta la puerta, en cuyo quicio tropieza y se le cae el cajon con los cigarros, que recoje precipitadamente y luego se vá.*)

ESCENA XI.

FERNANDO y ADELINA.

Fern.—Já! já! já!... Qué buena pieza es el tal don Aníbal!... (*Sério.*) ¡Y sabes, Adelina, que el oficialito parece andar de conquista! Porque cuando yo estaba almorcizando le alcancé a oír ciertas cosas que decia, y ella tambien...

Adel. (*Con incomodidad.*) — Y quién tiene la culpa de todo eso sino tú, que cometiste la imprudencia de dejar solas a las visitas por irte a almorcizar.

Fern.—Cómo! y yo iba a perder mi almuerzo por tan poca cosa! Quién les manda tampoco venir a hacer visitas a horas tan inoportunas! Sin duda será esa la moda de Santiago. Pero aquí nó: en

Valparaiso todos somos ocupados, y es preciso que esas señoras aprendan a elegir las horas y aun los días para sus visitas de cumplimiento.

Adel.—Si es así, bueno será tambien que reglamenten las visitas, ya que tan de moda están en Valparaiso las reglamentaciones.

Fern.—Quien necesita un reglamento es usted, señora, porque ya me va cargando demasiado con sus desobediencias, y se me ha puesto mui respondona. En ese reglamento yo le enseñaré a ser menos atrevida y sobre todo a que se levante mas temprano...

Adel.—Yo soi dueña de levantarme cuando me dé la gana, y he de continuar haciéndolo como hasta aquí. Demasiado sabe usted que hasta las once o las doce, no se levanta la jente decente...

Fern.—La jente floja, ociosa o mal educada como usted.

Adel.—Y usted quiere educarme de nuevo, sin duda para que me lleve cosiéndole y trabajándole...

Fern.—Sí, señora, para que trabaje, porque el trabajo es una de las mas grandes virtudes, asi como la ociosidad es la madre, y creo que hasta la abuela de todos los vicios. El trabajo es lei de Dios, asi como la ociosidad debe ser invencion del demonio. El trabajo, en fin, es la vida, la felicidad, la...

Adel. (Con ternura.)—Si tanto amaba usted el trabajo, no sé por qué no se casó con un jornalero.

Fern.—Y si a usted le gustaba la ociosidad, por qué no se enamoró tambien del primer vago que vió pasar por la calle?

Adel. (Sollozando.)—De quien debí enamorarme yo, tonta de mí, fué de algun inglés o alemancito...

Fern.—Todavia es tiempo... ¡Qué estoí diciendo!

Adel.—Que son tan querendones con sus mujeres, y les compran caballo, y les dan gusto en todo...

Fern.—Sí, es mui cierto; pero las mujeres de los ingleses y de los alemanes no mantienen lujo por mantener el caballo, y luego ellas son otra cosa que ustedes: sumisas, modestas, no derrochan, son todo amor para sus esposos, saben gobernar una casa, se levantan temprano, (cuando no se levantan tarde) y si se ofrece, hasta se meten en la cocina y les hacen a sus maridos unos roast-beefs y unos

pudding, de chuparse los dedos... Ah! estúpido de mí, yo debí haberme casado con una inglesa!...

ESCENA XII.

DICHAS y don FAUSTINO, que aparece por la puerta del fondo.

Fern.—Aquí viene el tio: ¡no es verdad, don Faustino, que yo debí haberme casado con una inglesa?

Faus.—Cómo! ¡Quién se atreve a decir que ustedes no son casados por la iglesia!

Adel.—Nó, no es eso, tio; es que Fernando se ha propuesto hoi llevarme en todo la contraria, y dice...

Fern.—Falso: eres tú la que siempre me andas saliendo al encuentro.

Faus.—Ya están disputando! Y te lo he dicho, Adelina: obedece en todo a tu marido, porque eres mui niña y todavía no sabes vivir. (*A Fernando.*) Toma tú: acaban de traer esta carta.

Fern. (Abriéndola.)—Carta para mí?... De quién será!... Sin duda de...

Adel.—De quién? A ver esa carta; dámela. (*Se la arrebata.*)

Faus.—Muchacha!... ¿Qué haces?

Fern.—Qué tal!... ¡Ya ve usted!...

Adel.—Quiero leerla... (*Leyendo.*) Ai! es para mí!...

Fern.—Para tí!... A ver esa carta; dámela. (*Y se la arrebata tambien.*)

Adel.—Qué tal!... ¡Ya ve usted!...

Faus.—(Estos muchachos han amanecido hoi con ganas de pelear.) Pues ninguno la ha de leer. (*Tirando una manotada a la carta, que Fernando esquiva.*)

Fern.—Qué veo! ¡Una cuenta! Trescientos pesos!... ¿Qué significa esto, señora? Lea usted. (*Le pasa la cuenta.*)

Adel.—Ah!... Pero, hijo, si esta es una cuenta...

Fern.—Sí, ya veo que es una cuenta...

Adel.—Mui atrasada, de cuando yo era soltera...

Fern.—Pero que le vienen a cobrar cuando está casada.

Adel.—Miren qué ocurrencia! Venir a salir ahora con esto... ¡Quién se la ha dado, tio?

Faus.—Un mozo que no conozco. ¡Que es algo malo, hija!

Fern.—No es malo, señor, pero no es mui bueno tampoco. (*A Adelina.*) Vamos a ver, con qué paga usted ahora esos

trescientos pesos, que en sus buenos tiempos emplearía en trapos y zarandas.

Adel. — Pierde cuidado: yo le pediré a mi mamá.

Fern. — Sí, a su mamá, que hoy tiene tanto como yo.

Adel. — Pediremos espera, hombre! Vaya un apuro! y qué afijarse tanto por tan poco!

Fern. (*Con impaciencia.*) — En cuanto vuelva a venir ese hombre, señora, que se lleve el piano, que es lo mejor parado que hai en esta casa.

Adel. — No faltaba mas!

Fern. — Usted sabe que a mí no me gustan las trampas, aunque hoy estén de moda.

Fern. (*Paseándose.*) — Oh! esto es insufrible! Ya estamos casi en la calle y todavía llueven las cuentas! ¡Cómo se vivía en esta casa, señor tío! (Bruto de mí! Venir a meterme en este berenjenal!)

Faus. — Paciencia, hijo: ya no hai mas que capear o correr el tiempo.

Adel. — Jesus! No he visto un hombre mas apocado! Es capaz de ahogarse en un vaso de agua.

Fern. — Yo me voi, señora, y no vuelvo mas a esta casa, y maldita sea la hora en que la conocí a usted, y cuando me casé, y cuando... (*Cojendo su sombrero.*) Yo me divorcio, y ahora mismo me voi a buscar al cura.

Adel. — Y hace usted mui bien, caballero, porque yo tambien ya no lo puedo aguantar. Acepto el divorcio.

Faus. (*Cojendo de un brazo a Fernando.*) — ¡Qué es esto, señor!... Venga usted acá, señor Fernando, y tú tambien, muchacha del seso verde. Para cuándo se han hecho la paciencia y la calma?

Fern. — Sí, eso es: paciencia! Yo lo viera a usted en mi lugar, don Faustino.

Faus. — Pero, hijo, no te exasperes, porque este es el peor defecto que puede tener un marido. Escúchame, Fernando: quien pierde la calma y abandona el timon de la nave en medio de la tempestad, mal

timonel. La serenidad que necesita el marino para luchar con las tormentas del océano, es indispensable tambien al esposo para salir avante en las borrascas de este otro océano que se llama el matrimonio y en que tantos naufragan cuando apenas han abandonado la orilla. (*A Adelina.*) Y tú, muchacha, refrena tambien tus brios, y, sobre todo, trata de correjir tus malas costumbres. Débil barquilla, estás mas espuesta a zozobrar en el proceloso mar que inesperta te has propuesto navegar a todo trapo. Toma rizos, muchacha imprudente.

Adel. (*Sollozando.*) — Ai, tío! Soi tan desgraciada!

Faus. — ¡Va a llorar? Bueno! Con la lluvia viene siempre la bonanza.

Fern. (*Con moderacion.*) — Pero, Adelina, ¡por qué no me obedeces? ¡Te exijo nada malo ni imposible! ¡No ves que todo lo hago por nuestra propia felicidad!... ¡No sabes demasiado que yo te quiero!...

Adel. — Y yo tambien no te quiero!... Y si no te hubiese querido, bien lo sabes, nadie me habria obligado a casarme contigo.

Fern. — Otro tanto digo yo, hijita.

Faus. — (Vamos, vamos, los muchachos se quieren, y esto es mucho.)

Adel. (*Llorando.*) — Pero que me maltrates a mí, a tu mujercita...

Fern. — Yo hago todo eso por su porvenir, por el de nuestros hijos... cuando los tengamos. (*Adelina llora a mares.*) No llore, mi almita, porque así me va a hacer llorar a mí tambien. Si yo la quiero mucho, mas que a mí mismo... (*Le echa los brazos.*)

Faus. — (Bonanza completa!) Ya están hechos unos pichones. Qué se habrán dicho! (*Vase.*)

Fern. — Bueno, bueno, no llores más. (*Le enjuga los ojos.*) — Olvidémoslo todo, y vámonos ahora mismo a tu cuarto.... a coser esos pantalones.

CAE EL TELON.

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de doña Cruz, lujosamente amueblada. — Dos puertas al fondo y laterales a derecha e izquierda.

ESCENA I.

Aníbal y **Fidel**, éste vestido de viaje y con un abrigo en el brazo.

Aníbal.— Creo que hemos llegado.

Fidel. (*Tirando el abrigo sobre una silla.*)—

Pero en mala hora, porque, según lo acaba de decir el sirviente, la familia ha salido a paseo.

Aníb.—Habrán ido a los almacenes fiscales.

Fidel.—Vaya un paseo! Eso estará bueno para los santiaguinos, que nunca se cansan de mirar el mar, pero no para mamá y Margarita, que se criaron al arrullo de las olas.

Aníb.—Por eso mismo las habrán estado echando de menos en todo este tiempo.

Fidel. (*Tendiendo la vista por la sala.*)— ¡Sabes, Aníbal, que no encuentro tan mala esta casita?

Aníb.—Así, regularcita...

Fidel.—Los muebles sí que no son de muy buen gusto, ni de moda. (*Se sientan.*)

Aníb.—Y creo que esto es lo mejorcito de Valparaíso. No se puede negar: estos porteños andan siempre muy atrasados.

Fidel.— ¡Has olvidado, Aníbal, mi doble calidad de porteño y dueño de casa?

Aníb.—Lo que es ahora no te reconozco el carácter de dueño de casa, porque me parece que soy yo quien está haciendo esos honores. Cuando más, respetaré tus fueros de porteño, aunque yo creía que te habías hecho un santiaguino de corazón.

Fidel.—Pero dejando a un lado el espíritu de provincialismo, tú tienes razón, Aní-

bal: los porteños no saben vivir con las comodidades de los santiaguinos. Aquí no se vive, hombre; y es preciso venir de Santiago, como yo en este momento, para notar el contraste. Se me figura que he llegado a un colmenar, y hasta el ruido que he sentido por las calles me ha parecido que era el zumbido de las abejas. Yo aquí no voi a poder respirar.

Aníb.—No me ha sucedido a mí otro tanto, tal vez por lo acostumbrado que estamos los militares a las penalidades del campamento.

Fidel. (*Con alguna indiferencia.*) Cómo! Tú has hecho ya algunas campañas?

Aníb.—Me gusta la pregunta! Qué oficial no ha hecho sus campañas? Todavía no hemos salido de la escuela militar cuando ya entramos en ellas... (con las muchachas, se entiende) Y conozco yo algunos con unas hojas de servicios...

Fidel.—Pues yo ignoraba que tú...

Aníb.—(Si supiera que ahora mismo estoy en campaña con su hermanita...)

Fidel.—Y yo que te tenía por espada virgen!

Aníb.—Qué disparate! No sabes tú las veces que yo me he batido!

Fidel.—Es posible?

Aníb.—Y en mas de uno de esos combates, así como tú me ves, he sacado también mis honrosas cicatrices... Tengo una en la cabeza... (de un garrotazo que me dió un marido.)

Fidel.—Entonces te doi la enhorabuena.

Aníb.—Muchas gracias.

Fidel.—¡Sabes, Aníbal, que el viajecito me ha dejado molido! En cuanto coma he de tirarme a la cama.

Aníb.—Y eres mui capaz de hacer esa barbaridad.

Fidel.—Cómo barbaridad!

Aníb.—Es nada! Echarse a dormir la comida, como quien duerme una mona!

Fidel.—Si me muero, en buena hora. No creas que la vida me halaga mucho en estos momentos.

Aníb.—Vamos! mal agradecido con la fortuna!

Fidel.—Ai, hijo, no todo lo que reluce es oro.

Aníb.—Pero es plata, que lo mismo da.

Fidel.—Oh! veo que eres de aquellos que hacen consistir la felicidad en el dinero.

Aníb.—El dinero! Como quien dice nada! La mosca! Mira, Fidel, quien tiene eso lo tiene todo en el mundo.

Fidel.—Yo hablo por experiencia, Aníbal; y te lo diré de una vez, a pesar de mi mediana fortuna: yo soy desgraciado!

Aníb.—Qué me cuentas!

Fidel.—Tú no me comprendes, y será preciso que te hable mas claro: soy desgraciado porque, como tú sabes, amo a una mujer, y esa mujer, que es lo que tú no sabes, no quiere amarme, no corresponde a esta pasión que de día en día, y mientras mayores son los obstáculos, la siento arder más en mi corazón, pero con un poder tan irresistible que, te lo confieso, me hace temblar.

Aníb.—Realmente, esto es serio, amigo mio. Ahora comprendo tu poco apego a la vida... porque... yo también sé amar como tú... (Pongámonos el parche con tiempo) y creo que si me viese contrariado... sería capaz de... (casarme con otra).

Fidel.—Ahora sabrás mejor hacerte cargo de mi situación!

Aníb.—Ah! cuando no se comprende a los corazones como los nuestros, amigo mio, es de morirse de desesperación!

Fidel.—Tal es lo que a mí me pasa!

Aníb.—Pero tú no debes afligirte. Tu posición, tu fortuna, tus prendas personales... Ya quisieran más de cuatro muchachas poderte atrapar! Vamos, ánimo, que lo que sobra son mujeres.

Fidel.—Eso es fácil de decir, pero muy difícil de ejecutar cuando se ama como yo.

Aníb.—Hum!... Apostaría que has estado portándote como un recluta.

Fidel.—¿Por qué?

Aníb.—Porque en esas cosas se necesita

muchá táctica, y sobre todo mucha sangre fría. Tú no eres aguerrido, y no será mucho que hayas descubierto el flanco al enemigo. Si has cometido esa bisonada, te envuelve, no hai remedio.

Fidel.—No te comprendo...

Aníb.—Mas claro: ¿le has hecho alguna promesa?

Fidel.—Creo que sí...

Aníb.—Talvez le has hablado de casaca...

Fidel.—En efecto, le he dado mi palabra.

Aníb.—Allí está la madre del cordero. Si no hai cosa peor, hombre, que largar el huacho de buenas a primeras.

Fidel.—Qué! Si ha sido despues de mucho tiempo, despues de estar seguro de su cariño, de haber leido en sus deseos, en sus miradas...

Aníb.—Mui bien has leido!... No sabes tú que las mujeres tienen mas letra menuda...

Fidel.—Pero yo no comprendo qué se proponga...

Aníb.—Dime, ¿es coqueta esa mujer?

Fidel.—No lo sé.

Aníb.—(Ni yo tampoco) ¿Es aficionada a los galanteos?

Fidel.—Sí.

Aníb.—Y al lujo?

Fidel.—Tambien.

Aníb.—¿Es vanidosa?

Fidel.—Quién sabe!

Aníb.—¿Tiene ambición?

Fidel.—Talvez.

Aníb.—Tú le habrás hecho buenos regalitos...

Fidel.—Algunos.

Aníb.—Y los ha aceptado?

Fidel.—Con mucho gusto.

Aníb.—Vamos, esa mujer pertenece al número de las... bolseras.

Fidel.—Qué quieres decir?

Aníb.—Inocente! Quiero decir que está esplotándose.

Fidel.—Una persona de su clase...

Aníb.—Cómo! ¡Y tú te figuras que solo esplotan el amor las... de la otra clase?

Fidel.—No puede ser. Una joven de educación, de talento....

Aníb.—Pues por lo mismo que tiene talento, ha sabido engañarte. Para lo que es eso, hai mujeres con unos talentazos... (No me acordaré yo de un quebradero de cabeza que tenía y que una vez me hizo empeñar hasta las botas.)

Fidel.—Que pueda haber tanta bajeza bajo un rostro tan anjelical!...

Aníb.— Ai, hijo! Esos ángeles suelen ser los mismos demonios. (Y yo cómo me llevaba los vientos por la Sinfonosa, que así se llamaba la condenada.) Por supuesto que tú habrás hecho algunos sacrificios por esa mujer.

Fidel.— No tantos. (¡Y estoy casi arruinado por ella!... Pero no me pesa, cualesquiera que sean sus ingratitudes. ¡La quiero tanto!...) (*Deja caer la cabeza abatido.*)

ESCENA II.

DICHOS, DOÑA CRUZ y MARGARITA, vestidas con gran elegancia.

Cruz.— Fidel aquí!...

Marg.— Fidel!

Fidel.— El mismo. (*Corre a abrazarlas.*)

Cruz. (*A Aníbal.*)— Y cómo va, don Aníbal! (*A su hijo.*) Pero qué flaco te veo, muchacho.

Fidel.— Le parecerá a usted, mamá.

Cruz.— Cómo que me parecerá!

Fidel.— La calor... el polvo del camino!...

Cruz.— Nó, niño; tú estás flaco.

Marg.— Ciento, yo también lo noto.

Cruz.— Talvez sufres algo y no quieres decirlo.

Fidel.— (Madre al fin!)

Cruz.— ¡No es verdad, don Aníbal, que Fidel viene mui deshecho?

Marg.— Y en tan pocos días!

Aníb.— Es cierto que está un poco *desmedradito*; pero no lo estrañen ustedes: en esta época de los calores, a mí me sucede lo mismo en Santiago. Ha habido año en que me he puesto como perro.

Cruz.— Jesus! Qué modo de decir las cosas! Que traigan luz, hija, porque ya es de noche. (*Váse Margarita.*)

Fidel.— Y a ustedes cómo las ha recibido Valparaiso? Se han bañado? Han paseado bastante?

Cruz.— ¡Hemos venido a otra cosa! Pregúntaselo a don Aníbal.

Aníb.— Bien que le hemos dado al talon.

Cruz.— (Qué términos!) Hemos corrido la zeca y la meca.

Fidel.— Yo quisiera comer algo, mamá.

Cruz.— Tienes razon: hoi habrás almorzado solamente. Y nosotras que por salir a paseo comimos tan temprano.

Fidel.— Pero no importa; mientras me preparan algo me voi a descansar. (*Váse seguido de doña Cruz por una de las puertas de la izquierda.*)

ESCENA III.

ANÍBAL.

Aníb. (*Despues de dar algunos paseos jesticulando y accionando.*)—Pues, señor, confieso que estoy mui bien acompañando... Mejor, así a solas y a oscuras es como uno se entrega mas de lleno a la meditacion... Con que, vamos calculando... Ea, señor don Aníbal! Piense y diga usted algo.—Mui bien: empezaré por confessar que la tal Margarita es una muchacha incomprendible, que debe ser, o mui habilosa, o mui tonta, que lo mismo dá, porque hasta aquí no he podido hallarle el cuerpo.—Pero, señor don Aníbal, cualquiera seria capaz de creer que el tonto es usted... Poco a poco!... porque es cosa mui sabida que una mujer tiene mucho por donde agarrársele.—Así será; pero lo cierto es que ella no se ha dejado atrapar de mí, y ya me está pareciendo que esa buena presa se me escapa.

ESCENA IV.

DON ANÍBAL y MARGARITA, que viene por el foro, izquierda, en pos de un criado que llega con luces y que se retira en seguida.

Marg.— Cómo! ¡Le habian dejado solo y a oscuras, don Aníbal?

Aníb.— ¡Sabe que si usted no me lo dice no habia caido en cuenta!

Marg.— ¡Y qué le distrae a usted tanto para que le sea indiferente cuanto le rodea?

Aníb.— Y usted me lo pregunta? Siéntese usted y se lo diré todo. (Empiecenos por mentir, que luego concluiremos por lo mismo.) Con que usted desea saber... Qué era lo que deseaba saber?... Ah! el motivo de mi distraccion. ¡Habla usted con injuniedad, Margarita, o me viene jugando ruso?

Marg.— Ya empezó usted con sus terminachos.

Aníb.— Sí, Margarita, usted no me juega limpio.

Marg.— Es decir que me toma por una insigne jugadora.

Aníb.— Yo la tomo a usted simplemente por lo que es... por un prodijo de hermosura... (*Con pasion*) por uno de esos ángeles cuyos encantos vuelven locos a

los hombres que, como yo, ¡todo alma y corazon! amamos con el fuego sagrado de una pasion casta, pura, santa... (Qué bien lo estoy haciendo!)

Marg. (Mirando a todos lados con inquietud.)—Yo no puedo desconocer las pruebas de cariño que usted me ha dado, don Aníbal, y por ello le estoy muy reconocida, pero ya le he dicho que tengo mis razones para...

Aníb.—¡Siempre insiste, Margarita, en la fatal idea de hacerse monja! ¡Es decir que no hay amor, ni esperanza, ni siquiera compasion con este desgraciado!

Marg. (Siempre mirando con inquietud a su alrededor.)—Pero qué quiere usted que haga!...

Aníb.—Señor! Para qué me hiciste conocer a esta criatura! Por qué me has hecho sentir sus brillantes atractivos! Por qué, Dios mio! me has entregado a sus hechizos, para que ella despiadada acibare mi existencia y torture dia a dia, hora por hora a este pobre corazon!... (Qué tal! ¡Me esplico!)

Marg.—Pero sea usted menos violento, don Aníbal. Espere por lo menos....

Aníb.—Qué ha dicho usted, amor mio!... (Y se estaba haciendo la de las monjas.) Esperar! Para mí es esa el ánchora de salvacion! Esperar! Con esa palabra de consuelo, salida de esa preciosa boca de ángel, parece usted decirme: «Oh! mortal afortunado! prolonga tu felicidad, alentado por la divina esperanza, mientras te abro las puertas del Eden!» Ah! Qué placer! Qué dicha! (Me siento inspirado!) Debe ser con lo que comí ostras esta mañana!) Permítame, Margarita, dueño de mi alma!... monjita mia! (*Va a tomarle una mano que ella retira con violencia.*)

Marg.—Qué hace usted, por Dios, don Aníbal!... (*Huye precipitadamente por la izquierda.*)

Aníb.—Entienda usted esto!... Y fiese usted de las mujeres!... Vamos, esta muchacha está jugando conmigo al tira y afloja.

ESCENA V.

Dicho y FIDEL, por la izquierda.

Aníb.—Cómo es eso! ¡No ibas a comer y en seguida a dormir?

Fidel.—Pues no he podido hacer ninguna de las dos cosas.

Aníb.—Que no se pueda dormir, pase; pero comer... eso ya es una calamidad.

Fidel.—Por qué en Santiago no me sucede esto?... Luego siento un disgusto...

Aníb.—Quién sabe, hombre, si estos ingleses han traído a Valparaiso el *spleen* y se nos está pegando.

Fidel.—Qué! Si ni eso traen los ingleses!

Aníb.—No lo traerán ellos; pero ¿quién nos dice que, así como el cólera suele viajar hasta dentro de una carta, y la trichina en los chanchos, no haya venido tambien el *spleen*...

Fidel.—Dentro de un ingles?...

Aníb.—Nó, dentro de una botella de cerveza o de un jamon de oso?

Fidel.—Razon de más para que a mí no me diese, porque ni bebo la cerveza ni como jamon.

Aníb.—Yo sí! Y qué bueno es cuando se come... con hambre!

Fidel.—Con ese aliño pocas cosas se encuentran malas.

Aníb.—Y a propósito: ¿sabes que me has abierto el apetito con tu conversacion?

Fidel.—Pues véte al comedor que no faltará algo que pellizar.

Aníb.—Y tú no vienes?

Fidel.—Nó; me quedo aquí, porque necesito hablar con mi mamá. Me harás el favor de decirla que la espero.

Aníb.—Corriente. (*Dirigiéndose hacia el comedor.*) (No será mucho que quiera quitar el *spleen* con la mamá! Tambien yo veré modo de quitar el mio con Margarita, y de pellizar algo.)

ESCENA VI.

FIDEL.

Fidel. (Paseándose.)—Estoy decidido. Es preciso que me valga de algun ardid, por mas que me duela y esté persuadido de que con este nuevo golpe voi a causarle un gran pesar... Qué diantre! Al fin ha de saberlo, y a lo hecho, pecho... Por otra parte, la situacion está algo tirante para mí, y es indispensable la revelacion para poderme salvar... Ah! Y cuando pienso que todo lo que me pasa no ha sido mas que por una mujer que, como talvez ha dicho muy bien Aníbal, me ha estado engañando infamemente!... Pero nó, no puede ser; Aníbal no la conoce como yo... Aquí viene... ¡pobre señora!

ESCENA VII.

FIDEL Y DOÑA CRUZ.

Cruz.—Me necesitas, hijo? Don Aníbal ha ido a llamarme.

Fidel.—En efecto...

Cruz.—¡Estás enfermo, muchacho! (Se sientan.)

Fidel.—Quisiera mas bien estarlo.

Cruz.—No digas eso, niño.

Fidel.—Sí, preferiría estar sufriendo yo solo, antes que hacer partícipe a nadie de faltas que no son mas que mías.

Cruz.—Pero qué ocurre, por Dios! Dímelo de una vez y no me hagas sufrir en la incertidumbre.

Fidel.—Ah, señora!... He perdido... o mas bien, he botado toda la herencia que me dejó mi padre, y ahora...

Cruz.—Comprendo... y lo que túquieres ahora es que yo empiece a darte la mia para que tambien la derroches en tus locuras y en tus amores con esa mujer.

Fidel.—Señora... no es eso...

Cruz.—¿Quéquieres entonces?

Fidel.—¿No me lo negará usted?

Cruz.—Pero qué es?

Fidel.—Mui poca cosa.... Usted puede hacerlo...

Cruz.—Te esplicarás al fin?

Fidel.—Me lo promete!

Cruz.—Si puedo...

Fidel.—Pues bien; se trata solo de una firmita...

Cruz.—Firma de quién?

Fidel.—De usted, es claro.

Cruz.—Y para qué?

Fidel.—Para una fiancita.

Cruz.—Hum! Ahora comprendo tus rodeos. ¡Y quién necesita esa fianza!

Fidel.—Quién ha de ser, yo.

Cruz.—Bien! mui bien! A qué situación has llegado!

Fidel.—¡Cuento con su firma?

Cruz.—Y por qué cantidad?

Fidel.—Nada mas que diez mil pesos...

Cruz.—Jesus! ¡Estás en tu juicio, muchacho! De ninguna manera. ¡Habrase visto!

Fidel.—Pero, señora, es indispensable para poner a salvo mi reputacion, mi buen nombre...

Cruz.—Qué tengo yo que ver con tu reputacion, ni...

Fidel.—Señora, me van a ejecutar!...

Cruz.—Qué dices!... a ejecutarte!... Ah! niño! niño!

Fidel.—Ahora se esplicará usted mi repentina venida a Valparaíso.

Cruz.—Muchacho!... muchacho!... en qué situación me pones! Tú has de concluir por dejarme en la calle!

Anib. (Al paño.)—De qué tratarán!?

Cruz.—Por fortuna, aun conservo cuarenta mil pesos de lo que me correspondió según la disposicion testamentaria de tu padre.

Anib.—Aprieta! Cuarenta mil! (Desaparece.)

Fidel.—Pues bien, mamá, únicamente exijo de usted una fianza, nada mas que una fianza por diez mil pesos. Ya trataré de arreglarme y economizar, y trabajare en adelante...

Cruz.—Tú has de hacer al fin lo quequieras de mí. Está bien: que estiendan esa fianza y la firmaré.

Fidel.—Gracias, señora, mil gracias... (He triunfado! soy feliz!) Hasta luego, mamá. Voi inmediatamente, por si aun es tiempo, a mandar un parte a Santiago para que mis acreedores suspendan todo procedimiento judicial. (Váse.)

ESCENA VIII.

DOÑA CRUZ Y ANÍBAL.

Anib.—Me parece que veo a Fidel un poco mas alegre. ¡No lo ha notado usted! (Se sienta a su lado.)

Cruz.—En efecto...

Anib.—Como que se le va pasando el mal humor.

Cruz.—Qué quiere usted... Despues de un viaje con estos calores...

Anib.—Para eso nosotros los militares, señora. Que haya sol o que no lo haya, que llueva o que truene, vamos andando y tragándonos las leguas...

Cruz.—No puede negarse que la vida del militar es mui triste.

Anib.—Oh, mucho, señora!

Cruz.—Y nunca se le ha ocurrido a usted dejar la carrera?

Anib.—Jamas! Y ahora menos que nunca.

Cruz.—Por qué?

Anib.—Porque tengo ambicion, y...

Cruz.—Ah! Comprendo: usted quiere ilustrar su nombre con las glorias militares.

Anib.—O llego a ser jeneral, y quién sabe si mas, que de menos nos hizo Dios, o muero en la demanda.

Cruz.—¡Ojalá!

Anib.—Señora!

Cruz.—Que ojalá sea usted jeneral, es lo que quiero decir.

Anib.—Gracias... una de dos: o me voi a las nubes, o me dejan con la barriga al sol.

Cruz.—Dice usted las cosas de una manera....

Anib.—Sí, señora, soi mui franco, no lo puedo negar. Tengo un estilo militar puro. Y pues usted conoce mi franqueza, voi a hacerle una importante revelacion, para la cual vengo esperando de tiempo atras una ocasion como la presente.

Cruz.—Con toda confianza, don Aníbal.

Anib.—Gracias, señora.

Cruz.—Hable usted con franqueza. Ya sabe que está en su casa.

Anib.—No esperaba menos de su bondadoso carácter... ¡Y no adivina usted el objeto de esta entrevista?

Cruz.—Ni lo sospecho.

Anib.—(Qué ha de adivinar!) Es mui extraño, señora.

Cruz.—Pues es la verdad.

Anib.—¡No ha notado usted en mí [cierta inclinacion]!...

Cruz.—No he notado nada.

Anib.—Ciento afecto... o simpatia... algo así... como amor ..

Cruz.—(Ya caigo! Me va a pedir la mano de Margarita...) En efecto, don Aníbal, yo he notado en usted muchas atenciones...

Anib.—Ah! cuánto me alegro que esto no sea un secreto para usted!... Con que ya lo había notado... (Qué perspicacia!)

Cruz.—(Sonriendo) Esas cosas nunca pueden ocultarse, don Aníbal.

Anib.—Pues bien; y ya que ha llegado el momento de confesarlo todo... (*Con pasion*) yo la amo a usted, Crucita!...

Cruz. (*Saltando de su silla.*)—Qué es esto, don Aníbal!...

Anib. (*Que tambien se ha puesto de pie.*)—Cómo decia que lo había adivinado!

Cruz. (*Con inquietud.*) Pero, por Dios!...

Anib.—Ah! Sea usted franca, Crucita!... A qué se empeña en sofocar ese amor que, tan ardiente y virjinal como el mio, usted está comprimiendo, con riesgo de que estalle, dentro de ese hermoso pecho!...

Cruz.—(Ai! qué palabras!) Pero don Aníbal!.... (*Mirando con inquietud a todos lados.*)

Anib.—No lo disimule usted, porque se

le conoce en la cara. Eso seria traicionar a su amor, hacerse sorda a la voz de su conciencia, que le está gritando: "Ama a don Aníbal con toda el alma, porque él es tu porvenir, tu gloria, la ventura de toda tu existencia..."

Cruz.—(Dios mio! Yo creo que este jóven me ama de veras!)

Anib.—Pero aun vacila usted, Crucita? y no me dice una palabra!... Vamos, ábrame usted su corazon.

Cruz.—Pero... Si no sé lo que pasa por mí, don Aníbal!... Estoí aturdida... Me parece un sueño... y sin embargo, siento una cosa...

Anib.—Ah! Sí, no me engaña!... La cosa que siente usted es amor... Alma sensible! Vamos, usted me quiere.—¡No es verdad, paloma mia que estás respirando... (Diablo! que esto es de *Don Juan Tenorio!*)

Cruz.—Don Aníbal!...

Anib.—Pues bien: yo tambien la quiero... con pasion!... con locura!... yo me muero por usted, Crucesita mia!...

Cruz.—(Qué palabras tan finas!... Si parece otro!)

Anib.—Y si no quiere verme morir de melancolia, concédamme su mano, hijita, que ahora mismo le pido con todas las formalidades de ordenanza... (*Tómale la mano*) para imprimir en ella el primer ósculo de...

(*Se siente ruido y doña Cruz retira la mano en el momento de írsela a besar.*)

Cruz.—Apártese usted, que siento ruido.

Anib.—Y qué importa, si lo han de saber al fin?

Cruz.—Cállese usted, por Dios, que no conviene se sepan estas cosas.

Anibal.—Tiene usted razon! Y sobre todo, es preciso ocultarlo de Margarita.... Usted sabe lo que son las niñas...

Cruz.—Luego hablaremos. (*Váse.*)

Anib.—Hasta luego, ¡mi alma!

ESCENA IX.

ANÍBAL, paseándose gozoso por la sala.

Anib.—Pues señor, el golpe está dado; y en toda regla, si no me engaño. A pesar de haber improvisado el ataque sobre la marcha, sin plan de batalla, me va a dar un soberbio botin. (*Frotándose las manos.*) Cuarenta mil pesos!... Qué buena mina!... Caracoles! Abandono la carrera...

no, no la abandono... Esto seria indigno de un hombre que, como yo, está acostumbrado a vivir de su trabajo... Verdad que voi a verme atado con un doble vínculo: con la coyunda del matrimonio y la coyunda del ejército... pero quién resiste a las glorias militares, ni menos a las glorias conyugales!... Porque sin tomar en cuenta los cuarenta mil, nadie podrá negarme que mi futura no es de lo peor que digamos. No será cosa de lucirla en un dia de fiesta, lo confieso, pero mui buena que está todavía para los días de trabajo... Pero qué dirá Margarita... qué la diré yo! Aquí viene la pobrecita: serenidad y estratejia.

ESCENA X.

DICHO y MARGARITA.

Marg.— Necesito hablar con usted, don Aníbal.

Aníb.— Estoi a sus órdenes, señorita. (*Le acerca una silla, sentándose él en otra.*)

Marg.— He notado en mi mamá cierta inquietud....

Aníb.— Es posible!... (Diablo! la señora anda inquieta!)

Marg.— Mi mamá sufre algo, y creo que la causa es...

Aníb.— No prosiga usted, Margarita; yo se lo confesaré todo.

Marg.— Me alegra que usted pueda darme algunas esplicaciones sobre la conducta de mi hermano...

Aníb.— Ah! de Fidel hablaba usted?

Marg.— Y qué otro hermano ha de ser?

Aníb.— Yo creia que hablaba de su mamá.

Marg.— Mas claro: hablo de ambos.

Aníb.— Ah!... tiene usted razon!... estaba distraido...

Marg.— Esas distracciones van siendo ya mui habituales en usted, don Aníbal.

Aníb.— Es que... como usted decia que su mamá andaba...

Marg.— Decia que Fidel debe ser la causa de la intranquilidad de mi mamá.

Aníb.— Y yo creo lo mismo.

Marg.— Desde que ha llegado...

Aníb.— Sí, ese muchacho debe tener la culpa de todo, porque yo creo que ha perdido la chaveta.

Marg.— Luego usted sabe algo?...

Aníb.— Yo nada sé, absolutamente nada... excepto la conferencia que hace poco y aquí mismo tuvieron los dos.

Marg.— Justamente.

Aníb.— Y supongo que desde entonces la señora ha quedado... así... como si la hubiesen magnetizado.

Marg.— Pobre mamá!

Aníb.— Pobrecita!

Marg.— Apostaría que Fidel ha venido a sacarle dinero.

Aníb.— Sin duda.

Marg.— Porque usted ya sabe que Fidel derrocha, juega y creo que hasta bebe.

Aníb.— Y todo eso nada mas que por el capricho de cierto amorcillo....

Marg.— Eso es.

Aníb.— Por desquitarse de ingratitudes....

Marg.— Que bien las merece por tonto.

Aníb.— Ah! no diga usted eso, Margarita! Somos tan desgraciados algunos hombres!

Marg.— Si usted lo dice por mí, se queja sin razon, don Aníbal, porque yo nunca le he prometido nada a usted.

Aníb.— (Ea! Llegó el momento de la retirada.) Es cierto, Margarita; pero veo que usted no me ha comprendido. Yo la quiero, la amo a usted, pero con un amor fraternal, casi paternal; y si algunas veces me he permitido decirla algo en otro sentido, no ha sido de ninguna manera para que usted lo tomase a lo serio.

Marg.— Es posible!?

Aníb.— ¡Todavia no me conoce usted, Margarita! Vamos, usted se hace!

Marg.— Si es así, tanto mejor, y me alegra mucho!

Aníb.— (La tragó.) Otros son mis pensamientos; y creo que no pasará mucho tiempo sin que usted los conozca. Ah! el dia que yo pueda llamarla a usted...

Marg.— Parece que ha llegado Fidel... Le oigo hablar... (*Váse por la izquierda.*)

ESCENA XI.

ANÍBAL y FIDEL, mui alegre.

Aníb. (*Yendo al encuentro de Fidel.*)— Hola! ¡Tan pronto has vuelto?

Fidel.— He hecho mis diligencias sin ninguna dificultad. Con el dinero todo se allana en una plaza mercantil. (*Se sientan.*)

Aníb.— Parece que se te ha pasado el spleen. (*Golpeándole el hombro.*) Vamos, tú has recibido alguna buena noticia de Santiago.

Aníb.—Ninguna.

Aníb.—Y entonces...

Fidel.—Voi a decirte la verdad. Yo andaba triste, Aníbal, no solamente por mi situación de amante desgraciado, sino tambien porque me hallaba un poco apurado... *de esto...* y tú sabes que yo no estoy acostumbrado a estas crísis.

Aníb.—Tienes razon; para eso se necesita la flemá de un ministro de hacienda.

Fidel.—Pero ahora es distinto: mi buena madre... ya tú comprenderás...

Aníb.—Entiendo: has levantado un empréstito forzoso...

Fidel.—No, hombre. Le hice comprender que mi situación...

Aníb.—Ah! ya caigo; el honor del pais estaba comprometido... Tú harías carrera si fuieses hombre público.

Fidel.—Pero, bromas a un lado, yo tengo una madre, Aníbal, que nada reserva para mí.

Aníb.—Si yo tuviera esa madre! (Creo que no está mui lejos.)

Fidel.—Cuanto ella posee puedo considerarlo como mio; y tanto, que hoy mismo tengo en mi poder toda su fortuna.

Aníb.—(Demonio!) Pero cómo?

Fidel.—De la manera mas sencilla: que me ha otorgado poder amplísimo para administrar sus bienes, pudiendo ademas disponer, desde luego si lo quiero, de la parte que me pertenece, como Margarita de la suya.

Aníb.—De manera que bien puede decirse que ha hecho repartición de bienes.

Fidel.—Justamente, puesto que consta de un instrumento público.

Aníb.—(Pues en buena me había metido yo.) Pero, hombre... ¡Sabes que no me parece bien esa disposición! Estando tu madre todavía llena de salud, gorda, tamaña de colorada...

Fidel.—Pero eso qué importa?

Aníb.—Sin embargo, es un paso que encuentro un poco prematuro... algo asi como absurdo... en fin, no sé qué le hallo...

Fidel.—Pero por qué?

Aníb.—Porque... quiero suponer que mañana se case tu hermana: ¡se llevaría la parte que le corresponde en los bienes de tu madre!

Fidel.—Indudablemente, desde que ella lo ha dispuesto así y aun lo desea para su felicidad.

Aníb.—Y suponiendo que tú tambien te casas?

Fidel.—Lo mismo, ni mas ni menos.

Aníb.—Mui bien! De modo que casados los dos hijos, lucida queda la madre! (Y yo tambien estoy quedando mui lucido!)

Fidel.—Pero en ese caso se entiende que los hijos no han de abandonar a su madre.

Aníb.—Será mui bueno, mui santo y como tú quieras; pero yo lo encuentro fuera de oportunidad y de conveniencia.

Fidel.—Pues yo no lo creo asi.

Aníb.—Supongamos,—y no es mas que una simple suposición, — que se case tu madre.

Fidel.—Já! já! já!

Aníb.—No te rias, porque todo debe suponerse en este mundo.

Fidel.—Pues bien: se casa; y qué sacamos de ahí?

Aníb.—Cómo qué sacamos de ahí? (Bien quedaba yo si no sacaba nada de ahí!) De qué manera se arreglaban entonces los bienes de fortuna?

Fidel.—Como ya te lo he dicho.

Aníb.—Pero debes advertir que ese matrimonio ha tenido lugar antes que los de ustedes... Se entiende que esta no es mas que una mera hipótesis.

Fidel.—Justamente en prevision de estos casos, mi madre ha querido estar desheredada. Y este fué tambien uno de los buenos consejos que le dió mi padre antes de morir.

Aníb.—Con que le dió ese consejo!... (Que viejo tan pillo!)

Fidel.—Ai! amigo Aníbal! Son muchos los ejemplos que tenemos de señoras que han sido esplotadas por su riqueza, y que ellas mui fácilmente se han dejado esplotar, creyendo en mentidas declaraciones de amor.

Aníb.—(Qué habrá sospechado?)

Fidel.—Con que ya lo sabes, y ahora comprenderás si tengo motivo para estar contento. (*Metiendo la mano en el bolsillo de la cartera.*) Acaba de firmarme este papel que tenía preparado y que, dicho sea para inter nos, me saca de grandísimos apuros.

Aníb.—Me alegra mucho!... (Malditos sean tus apuros! que ahora son los mios para componérme las con doña Cruz.)

Fidel. (*Parándose y guardando el papel.*)

—Y ahora que recuerdo, tengo que escribir varias cartas para Santiago, y la

hora va siendo avanzada. No te irás por supuesto, hasta que tomemos el té. (*Váse.*)

ESCENA XII.

ANÍBAL.

Aníb. (*Paséandose desesperadamente.*) — Estoi arruinado!... Pero a esta gente no se le puede entender... El uno dice una cosa y el otro otra... Me salen volviendo loco... (*Parándose y calculando.*) El me ha dicho que si se casa ella... malo!... y que si se casa él... malo tambien... Pero

si se casa ella, y él, y yo... Oh! feliz idea!.. Torpe de mí, que no habia comprendido... Es claro, si Margarita tiene ya la herencia paterna, y ahora cuenta tambien con la materna... eso es... negocio redondo; me caso con Margarita. Emprendamos con ella desde luego, y que doña Cruz se las componga como pueda para que no sea tonta... A tomar el té servido por la linda mano de mi futura! (*Da dos pasos y se detiene, exclamando.*) ¡La quiero tanto!!

CAE EL TELON.



ACTO TERCERO.

La misma decoracion.— Casi es de noche.

ESCENA PRIMERA.

FIDEL, abriendo una carta.

Fidel.—No esperaba tan pronto una contestacion... Sí, es de ella... Veamos qué me dice. (*Lee*) "Amigo Fidel...." Esto de amigo no me hace mucha gracia.... "he recibido su precioso obsequio, que es un regalo de príncipe..." Ya lo creo, porque en estos tiempos no se encuentran muchos príncipes que regalen ternos de a dos mil pesos. Pero continuemos. "No sé cómo pagar las muchas atenciones que tengo recibidas de usted, y por lo mismo desearia que renunciase a seguir haciendo por mí mayores sacrificios, que nunca podrá recompensar...." Qué significa esto!... "Temo mucho hacerme culpable, si continúo aceptando sus obsequios; y si hasta ahora se los he admitido, créame lo usted, ha sido únicamente por no dar lugar a creer que yo era capaz de hacerle un desaire, que por cierto está usted mui lejos de merecer..." Hipócrita! Cómo dora la pildora! Pero veamos a dónde va a parar!... "Usted me ha probado que me ama, y en cambio yo no he

hecho más que pagarle con el cariño de una amistad sincera... ¡Pobre recompensa, sin duda; pero no he podido hacer otra cosa!... Quizás mi franqueza le va a herir a usted; pero en este caso, y suponiendo que usted se arrepienta de sus actos, estoi dispuesta a resarcirle sus sacrificios en cuanto me lo permitan mi honor y mi posicion. De todas maneras, cuente usted siempre con el aprecio y amistad de su afectísima—ENRIQUETA." Coqueta o veleta! debieras llamarte. Pero basta ya! Estoi desengañado. Aníbal tenía razon. Esta mujer ha estado explotando mi buena fé... Y es preciso que yo sea un tonto para que no retroceda en tan loca empresa..... Hoi mismo le escribo y..... ¡Qué le voi a decir!... Nó, pensémoslo bien, que el asunto es serio para mí. En estos casos es preciso irse con tiento... Se me ocurre una duda. ¡No habrá querido esta mujer poner a prueba mi amor y mi constancia! Nada tendría de extraño, porque ella es ingeniosa y tiene todo el talento de la mujer.... Mejor será esperar un poco hasta que se aclare la situacion... Sí, no precipitemos los acontecimientos.

ESCENA II.

FIDEL y MARGARITA.

Marg.—Fidel... qué tienes?

Fidel.—Yo? Nada.

Marg.—Parece que huyes de nosotras.... te has vuelto misántropo.

Fidel.—Te equivocas. Nunca mas contento ni mas comunicativo que ahora.

Marg.—No lo demuestras mucho.

Fidel.—Ni ustedes tampoco, y no sé por qué las veo tan tristes... a mamá sobre todo.

Marg.—Te parecerá!

Fidel.—No están contentas en Valparaíso? Pues mañana mismo nos vamos a...

Marg.—Nó, no es eso...

Fidel.—Cuál es la causa entonces?

Marg.—Ai, Fidel! Yo te la comunicara, pero...

Fidel.—Pero qué?

Marg.—Temo incomodarte.

Fidel.—No digas eso; habla sin cuidado y no te preocupes de mí.

Marg.—Con que no te incomodarás?

Fidel.—Ya te lo he dicho.

Marg.—Fidel, yo creo que tú... (no me atrevo.)

Fidel.—Así concluirás por incomodarme.

Marg.—Pues bien; yo creo que tú sigues gastando demasiado, Fidel.

Fidel.—Y esto era todo!

Marg.—Pero no te incomodes. Don Aníbal me ha dicho...

Fidel.—Aníbal!?

Marg.—Sí.

Fidel.—Y qué puede decirte de mí?

Marg.—¡Prometes no ocultarme la verdad? Por mi parte tambien te prometo guardar todo sijilo.

Fidel.—Bien: ¡qué te ha dicho Aníbal!

Marg.—Que tú le has contado que estás en posesion de los bienes de mamá y que...

Fidel.—Miente ese mentecato! Yo le tenia por un hombre incapaz de chismes, pero ahora veo...

Marg.—No te enfades, Fidel, porque entonces no te diré una palabra mas.

Fidel.—Bien: continúa.

Marg.—Tú le has dicho que eres dueño de la fortuna de mi mamá, y que gracias a esto vas a poder salir de grandes apuros.

Fidel.—(Engañémosla.) Es cierto, Margarita, que le he dicho todo eso; pero fué

porque noté en él cierta curiosidad por saber nuestra situacion y quise desorientoarlo.

Marg.—Inútil esfuerzo, porque yo se lo he confesado todo, y le dije que si es verdad que mi papá manifestó deseos de que tú te encargases de la administracion de todos nuestros bienes, mi mamá no ha sido del mismo parecer, porque sus razones ha tenido para ello.

Fidel.—En efecto... Pero iquieres decirme qué interes puede tener ese Aníbal en andar indagando todas estas cosas?

Marg.—Tambien yo me he hecho esa misma reflexion.

Fidel.—Es cosa extraña!

Marg.—Sin embargo, ahora creo oportuno revelarte...

Fidel.—Qué? Habla!

Marg.—Que ese jóven me ha hecho ya varias veces insinuaciones...

Fidel.—En qué sentido?

Marg.—En el sentido... del matrimonio.

Fidel.—Es posible?... Ahora me esplico ese interes por saber... Y tú qué le has contestado?

Marg.—Negativamente.

Fidel.—Mui bien hecho. Y en cuanto venga aquí, he de ponerle de patitas en la calle. (Pues señor, estos militares creen que es cosa de llegar y cortar escobas. ¡Yo sabré cortarle a él la retirada, pierda cuidado!) Y dime, Margarita, tú no le querás por supuesto....

Marg.—Nó...

Fidel.—Ni tampoco... es decir... pues... es claro.

Marg.—Si he de hablarte con franqueza, Fidel, es cierto que no le quiero; pero tampoco le odio, porque... me parece un buen jóven...

Fidel.—(Malo!)

Marg.—Aunque lo que acaba de hacer...

Fidel.—Es indigno de un hombre de honor.

Marg.—Talvez no haya sido con mal fm. Tú sabes que parece un niño, que todo lo habla y lo pregunta.

Fidel. (Reflexionando.)—No, no me engaño, Margarita: los niños no hacen esas preguntas.

Marg.—Talvez te equivocas.

Fidel.—Nó; y estoí decidido: no pondrá mas los piés en esta casa.

Marg.—Tú sabrás lo que haces; pero no vayas a proceder con violencia.

Fidel.—Pierde cuidado.

Marg.—Ya sabes que los militares no sufren insultos de nadie, porque tienen cierto orgullo en saber llevar con honor el uniforme, como varias veces se lo he oido decir a don Aníbal.

Fidel.—Sí, mucho orgullo en el uniforme, pero lo que es en la conducta...

Marg.—Sea como quiera, prométeme que serás prudente.

Fidel.—Te lo prometo.

Marg.—No tienes motivo tampoco...

Fidel.—Le diré únicamente que no vuelva a pisar los umbrales de mi casa, y que en lugar de andar con chismes y buscando matrimonios ventajosos, se vaya a estudiar la táctica, y la ordenanza, y la....

Marg.—Nó, no le dirás nada de eso.

Fidel.—Y por qué?

Marg.—Porque yo misma seré la que me encargue de despedirlo. Tú no sabes tener calma.

Fidel.—En fin, haz lo que quieras; y será mejor, porque si yo le encuentro aquí...

Criado.—Una señorita y un caballero preguntan si pueden entrar.

Fidel.—Sí, que pasen.... Y tú trae luz. (*Váse el criado.*) Quiénes serán?

ESCENA III.

DICHOS, ADELINA y FERNANDO.

Adel.—Nosotros.

Fidel.—¡No es Adelina!

Marg.—La misma. (*Corriendo a su encuentro. Abrazándose como de costumbre.*)

Adel.—Fidel! por acá tambien!

Fidel.—Y qué es de tu vida, Adelina! ¡Es cierto que estás casada?

Adel.—Aquí tienes a mi esposo.

Fern.—Señor!

Fidel.—A sus órdenes!

Marg. (*Disponiendo sillas.*)—Asientos....

Adel. (*A Margarita.*)—¡Cómo está doña Cruz?

Marg.—Buena, gracias. Hace poco que salió, pero volverá pronto.

Adel.—No esperaba encontrar aquí a Fidel, porque como me dijeron que se había quedado en Santiago...

Fidel.—En efecto: mi viaje no ha sido mas que una humorada...

Marg.—Nos ha sorprendido con su llegada, porque ni lo soñábamos.

(*Sale el criado con luces.*)

Fern.—(*A Fidel.*) Y cuándo piensan regresar a Santiago?

Fid.—No nos hemos resuelto aun, pero creo que será mui pronto, porque estamos desesperados por irnos.

Fern.—Vamos, a usted no le gusta Valparaíso. Y es raro, siendo porteño.

Fid.—Es porque la capital tiene para mí algo que me fascina, que me presenta la vida mas poética, mas llena de ilusiones...

Fern.—Oh! hai tanta hermosura por allá!...

Marg.—Vamos a mi cuarto, Adelina, y allí te lo contaré todo. (*A ellos.*) Ustedes nos permitirán un momento,

ESCENA IV.

FIDEL y FERNANDO.

Fid.—Decia a usted que la vida en Santiago es para mí deliciosa.

Fern.—En este punto no cabe disputa, porque es mui sabido que Valparaíso no sirve mas que para trabajar.

Fid.—Aquí, señor, todos son esclavos del negocio y la especulacion.

Fern.—Y sin el trabajo, sin esa agitacion continua, este puerto seria insoporable.

Fid.—Qué paseos, qué tertulias, qué pasatiempos encuentra usted aquí?

Fern.—Nada mas que el Teatro; y con todo, al teatro suele uno irse a dormir cuando se encuentra con la concurrencia de cajon: los periodistas, los pacos y los municipales; porque ha de saber usted que los señores municipales son mui aficionados al Teatro.

Fid.—De manera que lo protejen mucho... Ai, amigo mio! Para esto de Teatro, Santiago se pinta él solo. Y allí los cabildantes son mucho mas aficionados que los de aquí; porque la noche que no pueden asistir ellos, se hacen representar por los *gorreros*.

Fern.—Y sin embargo, usted ve las exigencias de algunos para con los pobres artistas.

Fid.—Pero, bien mirado, nadie más que ellos tienen la culpa; ¡quién les manda ser artistas!

Fern.—El hombre viene al mundo con una vocacion, amigo mio, y dificilmente puede prescindir de ella, aunque vea que vá a ser su víctima... Pero acaso son los artistas los únicos que padecen? Quién no siente en este mundo las amarguras del pan de su trabajo?

ESCENA V.

DICHOS y MARGARITA (que llega precipitadamente con una carta en la mano.)

Marg.—Fidel! Fidel!

Fid.—(Levantándose.) Qué tienes? Qué ocurre?

Marg.—Oye, oye por Dios!

Fid.—Usted me dispensará, amigo mio... (A Marg., llevándole aparte.) Habla... qué ha sucedido?

Marg.—Toma esta carta, que sin duda ha dejado olvidada mi mamá.

Fid.—Carta, para quién?

Marg.—Lee! lee!... (Dios mio! Parece un sueño!)

Fid.—(Leyendo la firma.) De Aníbal!

Marg.—Sí, de ese pícaro! Quién lo creyera!

Fid.—(Leyendo para sí con agitacion.)

Qué veo! Aníbal casarse con mi madre... a las 8 de esta noche!... (Estruja la carta.) Mi sombrero, Margarita!...

Corre! (Saca el reloj.) Aun es tiempo: no son mas que las siete y media. (Fernando leerá mientras tanto un periódico que habrá tomado de una mesa.) Ah!

madre, madre!... Pero yo le descubriré los planes de ese bribbon, y esto bastará para convencerla, no lo dudo. (Margarita vuelve mui ajitada trayendo el sombrero, que entrega a Fid.)—Amigo mio,

un asunto urgente reclama mi presencia... Pido a usted mil perdones... Queda usted en su casa... Hasta luego.

Fern.—Hasta luego, y que le vaya a usted bien.

ESCENA VI.

FERNANDO y MARGARITA.

Fern.—(Parándose.) Mucho siento, señorita, que hayamos venido talvez en mala hora...

Marg. (Con angustia y turbacion).—Nó, señor... de ninguna manera... Ha sido un caso imprevisto... que ni sospechábamos... Es una desgracia... (Yo me siento mal!)

Fern.—Qué dice usted! Una desgracia!

Marg.—Sí, señor; una fatalidad!...

Fern.—Cuánto lo siento! ¡Y no puedo yo serle útil! Hable usted con franqueza.

Marg.—Gracias, señor... pero... (Ya no puedo más!)

Fern.—Disponga usted de mí... estoi a sus órdenes...

Adel. (Al paño.)—Qué veo!

Marg. (Ah! somos mui desgraciados!) (Llorar.)

Adel.—Desgraciados? Y Margarita llora!

Fern.—No sea usted reservada conmigo...

Veo que usted sufre mucho...

Marg.—Sí, mucho!... muchísimo!...

Fern.—(Pero qué es esto, señor!)

Marg.—Jamas podrá imaginarla usted toda la gravedad de mi situacion, ni cuánto es el sufrimiento de mi alma!

Adel.—Ciertos son los toros!

Fern.—Vamos, ábrame usted su corazon, que yo talvez pueda...

Marg.—Imposible, caballero, imposible!... Usted no puede...

Marg.—Está visto: si en cuanto una pestaña...

Marg.—Dispónseme usted: una revelacion nada remediable; es inútil.

Fern.—Pero esta inaccion a que usted me condena viéndola sufrir tanto, es terrible para mí. Vamos, no desconfie usted... se lo suplico...

Adel.—Se lo suplica!

Marg. (Sollozando y sin poder llorar.)—

Ah! Dios mio!... el corazon se me despedaza!... yo me ahogo!... yo... Ai!... (Desmayase. Fernando grita.)

Fern.—Adelina! Adelina!!

ESCENA VII.

DICHOS y ADELINA, corriendo.

Adel. (Al ver a Margarita medio recostada en los brazos de Fernando.)—Para ver esto me has llamado?

Fern.—Agua! pide agua! que le ha dado un accidente.

Adel. (Gritando.)—Agua! agua!... Pero qué le has hecho tú.

Fern.—Corre tú misma a buscar agua y déjate de tonterias. (Váse Adelina corriendo.) Qué le pasará a esta pobre niña! Pero la causa debe ser mui grave. Porque la precipitada salida de su hermano, la angustia y agitacion de ella, y luego este desmayo... Vamos, aquí hai gato encerrado. (Vuelve Adelina.)

Adel.—Aquí está. (Con un vaso de agua.)

Fern.—A ver, sujetale tú la cabeza... Así, echándosela un poco hacia atras.

Adel.—Ya está... Pero lárgale tú el brazo... Miren qué empeño en agarrárselo!

Fern.—Quiéres callarte, mujer!... (Da a beber agua a Margarita.)—Bien, bien... ya se reanima...

Adel. — Pero qué hai en todo esto? Es preciso que me lo digas, Fernando.

Fern. — Ya te he dicho que te calles.

Adel. — Y por qué me he de callar?

Fern. — Y qué quieres que yo te diga, si sé tanto como tú? Todo lo que he visto es que trajo una carta, que leyó su hermano y salió de espeta perros; que ella se puso a llorar y luego...

Adel. — Tú la consolaste. ¡Eso ha sido todo? De veras! (*A Margarita, remeciendo la*) Margarita!... Parece que abre los ojos... Sí, ya vuelve... Soi yo, Margarita, hijita...

Marg. — Ai!

Adel. — No me conoces?... Qué tienes?

Marg. — Nada... ha sido un insulto.

Fern. — ¡No quiere usted irse a su cama, señorita?

Marg. — Bien, porque me siento mal... ¡No ha vuelto Fidel?

Adel. — Talvez no tarde... (*La conducen entre los dos.*) Lárgala tú, que yo sola puedo llevarla.

Fern. — Quién te hace caso, cotorra.

ESCENA VIII.

Aníbal y doña Cruz, del brazo.

Cruz. — Al fin estamos desocupados.

Aníbal. — Y sin mayor dificultad, que era lo que más temía yo.

Cruz. — Siéntese usted, don Aníbal.

Aníbal. — Gracias.

Cruz. — Pero no se le olvide: ¡cuidado con revelar nada!

Aníbal. — Ya le he dicho a usted que puede estar tranquila.

Cruz. — Yo se lo avisaré cuando sea tiempo.

Aníbal. — Convenido.

Cruz. — Lo demás sería precipitar las cosas.

Aníbal. — Vamos, la sorpresa va a ser en toda regla.

Cruz. — Pero, entre tanto, no hai que dejar escapar una sola palabra, porque podemos echarlo todo a perder. ¡Cuidado, don Aníbal!

Aníbal. — Lo dicho, dicho, y basta, señora.

Cruz. — Que no se le vaya a usted a salir!

Aníbal. — Pero ¡que no soi hombre de palabra, señora!

Cruz. — No sé por qué me siento ajitada!

Me desconozco, don Aníbal: tengo susto.

Aníbal. — Yo no tengo susto, sino otra cosa; y es mui natural, porque...

Cruz. (Cariñosa.) — Qué es lo que tiene, hijito? Dígamelo con franqueza.

Aníb. — Lo que yo tengo, señora, es algo así como... (No lo adivina, y se lo estoy diciendo) así como... como...

Cruz. — ¡Es cosa de comer!

Aníb. — Adivinó!...

Cruz. — Eso es lo de menos. ¡Por qué no me lo había dicho antes?

Aníb. — Porque no se me había ocurrido; y eso que en todo el dia no he pasado ni agua.

Cruz. — Jesus! ¡Que usted ayuna, don Aníbal!

Aníb. — Con mucha frecuencia. Cómo ha de ser: es preciso cumplir con la iglesia. (*Oyese ruido.*)

Cruz. — Parece que alguien llega.

Aníb. (Paseándose.) — Esas pisadas son de Fidel. Viene a tiempo para que comamos alguna cosa.

ESCENA IX.

DICHOS y FIDEL, que entra con precipitación y se detiene súbitamente al ver a doña Cruz y Aníbal.

Cruz. — Qué traes, hijo?

Aníb. (Yendo a su encuentro.) — Cómo va, Fidel? Esa cara viene diciendo hambre. (*Fidel exasperado y sin decir una palabra, empieza a pasearse agitadamente.*) *Aníbal y doña Cruz cambian miradas interrogadoras.* (*Cuadro*)

Cruz. — Pero ¡qué te ha sucedido, Fidel?

Aníb. — Sin duda necesita hablar a solas con usted. Yo me retiro. (*Fidel se detiene, mira desdenosamente de alto abajo a Aníbal, y luego continúa paseándose.*) (Este mozo viene loco.) Yo me retiro, señora.

Cruz. — Hará usted mui mal, porque no veo la razon...

Fidel. — Yo sí que la veo, señora; y puesto que he de hablar, empezaré por decir que este caballero es un miserable! un farsante!

Cruz. — Muchacho!!

Aníb. (Que ha crispado los puños y avanzado un paso hacia Fidel.) Pero qué voi a hacer! .. (Yo creo que viene borracho!)

Fidel. (Impasible y cruzando los brazos.) ¡No me ha oido usted! Será preciso que repita mis palabras!

Cruz. — Te atreves en mi presencia?....

Aníb.—Puede usted repetir impunemente esos insultos en su casa, caballero; pero fuera de ella... yo nos veríamos las caras!

Fidel. (*Tomándolo por un brazo.*)—Ahora mismo salga usted conmigo.

Aníb. (*Desasiéndose.*)—Sosiégate, Fidel, hombre.

Cruz. (*Interponiéndose.*)—Pero qué es esto? Has perdido el juicio, muchacho?

Fidel.—Quien ha debido perderlo es usted, señora.

Cruz.—Qué dices!...

Fidel.—Sé el escándalo que usted se proponía dar con este... soldado.

Cruz. (*Inmutándose.*)—¡Escándalo, dices!?

Fidel.—Lo sé todo, señora!

Aníb.—(Adios secreto!)

Fidel. (*Sacando la carta.*)—¡Conoce usted esto?

Aníb.—(Mi carta!)

Cruz. (*Confundida.*)—(Se descubrió todo!) Pero quién te ha dado esa carta?

Fidel.—Usted misma!

Cruz.—Yo?

Fidel.—Que la dejó olvidada, y gracias a Margarita...

Aníb.—(Y tanto encargarme que no se me saliera el secreto!)

Fidel.—¡Tengo o no razon, señora, para estar así como usted me vé!

Aníb.—No tiene usted razon...

Fidel.—Qué hablas tú!... (*Dando un paso hacia Aníbal, quien salta para atrás y pone los puños en guardia.*)

Aníb.—Sí, no tiene usted razon... porque me parece que yo no soy ningún bandido... Y luego, si ya no tiene remedio, qué quiere usted hacerle?

Fidel.—Cómo que no tiene remedio!... Es decir que...

Aníb.—Acaban de echarnos... (*Indicando la bendicion.*)

Fidel.—Ah!!

Aníb.—Con que ya puede usted irse conformando.

Fidel. (*Cojiendo a Aníbal por el pescuezo, a pesar de que doña Cruz ha querido interponerse.*) Nó!... yo no me conformo hasta que te ahorque, miserable!... Te pulverizo entre mis manos!

Cruz.—Fidel! Fidel!.... Qué haces, por Dios!

Aníb. (*Esforzándose por desasirse.*)—Lárgueme usted, hombre... que me rompe la levita!... no sea cargoso!... suélteme.... no sea bruto!... ¡que me aho!....

ESCENA X.

DICHOS, FERNANDO y ADELINA, saliendo alarmados del cuarto de Margarita.

Fidel (*Soltando a Aníbal.*)—Agradece esta circunstancia.... Dispensen ustedes, no he podido contenerme...

Fern.—Cómo está usted, señora?

Cruz.—Ya lo vé... Pero cómo es que ustedes por aquí...

Adel.—Mucho sentimos este incidente, doña Cruz; pero no tenga cuidado por nosotros. Como si tal cosa... (*Fidel algo abatido se deja caer sobre un asiento.*)

Aníb. (*Arreglándose los cuellos.*)—Vamos, ya se acabó... No es nada.... Pleitos de familia... Al fin todo queda en casa....

Cruz. (*A su hijo.*)—Míralo, qué bueno y qué prudente es don Aníbal.

Aníb.—Amigo Fernando, señorita Adelina, les presento a mi esposa..... doña Cruz. (*Fernando y Adelina quedan estupefactos.*)

Fidel. (*Levantándose.*)—¡Salga usted inmediatamente de mi casa!

Aníb.—¡De mi casa! Cómo se entiende!

Fidel.—Sí, de mi casa.

Aníb.—Poco a poco, caballero, que soy yo ahora el...

Fidel.—(Amenazante.) No prosiga usted...:

Cruz.—Sí, él es ahora tu segundo padre, y tienes que respetarlo.

Fidel.—Esto mas!!

Aníb.—(*Con tono de autoridad.*) Sí, señor; es preciso que desde hoy aprenda usted a respetar a su padrastro... No faltaba mas!... (*Mirando a todos lados.*) (Qué se habrá hecho mi otra hijita Margarita!...) (*Paséase con todos los aires de dueño de casa, en tanto que Fidel cae desesperado sobre una silla.*)

ESCENA XI.

LOS MISMOS.—UN CRIADO.

Criado.—Acaban de traer esta carta.

Cruz.—(*Leyendo el sobre.*) ¡Quién te la ha entregado?

Criado.—El cartero, señora.

Cruz.—Bien, vete... (*A Fidel.*) Toma; es para tí.

Fern.—(*A Aníbal.*) Vamos, es preciso que haya paz...

Aníb.—Convenido.

Fern.—Si ya el paso está dado...

Aníb.—Es claro...

Fern.—Entonces no tiene cura...

Aníb.—Sí tiene... él mismo nos casó: el cura.

Fern.—Lo que conviene ahora es evitar consecuencias que pueden ser de mas trascendencia.

Aníb.—Es lo mismo que digo yo. A qué tanto alboroto, cuando nosotros lo queríamos hacer calladitos, sin ruido ninguno... (Porque si lo sabe el ministro de la guerra...)

Fidel.—(Que ha estado leyendo la carta, se párá repentinamente.) Oh! fatalidad! Hoi nos persigues sin compasion!—Señora, hemos perdido el pleito!

Cruz.—Qué dices!

Fidel.—Me lo avisan de Santiago.

Aníb.—Qué pleito es ese?

Fidel.—(Con rabia.) Y qué le importa a usted?

Aníb.—Ya se ve, pues! Yo seré en esta casa un cero a la izquierda.

Cruz.—No le haga caso, Aníbal; yo se lo diré a usted.

Aníb.—(Qué esposa tan buena!... qué amable! Si es una alhaja!)

Cruz.—Es el pleito que nos seguía el tutor de unos menores por una hipoteca que hizo ejecutar el finado...

Aníb.—(Hum! ¡Tan luego ya salimos con el finado!)

Fidel.—(Leyendo siempre la carta.) Esta perdida nos importa doce mil pesos por lo menos..... (Pero qué veo!.... otra mas!... Enriqueta se ha casado!... Y yo que aun disculpaba su conducta!)

Cruz.—Pero ¡qué tienes, hijo?

Fidel.—No me lo pregunte, señora!

Cruz.—Por qué te abates tanto por esa pequeña perdida? Qué son doce mil pesos...

Fidel.—Ah! madre! madre!.... Estamos arruinados!

Cruz.—Te engañas, hijo.

Fidel.—Ojalá fuese así!... Pero yo lo he botado todo, señora!

Cruz.—Pues bien: si has derrochado tu herencia, nos queda la mia y la de tu hermana.

Aníb.—(Lo que es yo, no le he de consentir que derroche la mia. Que trabaje el mui zángano.)

Fidel.—Bien sabe usted que mi hermana ha hecho el voto de retirarse a un convento, y no ha de querer deshacerse de su patrimonio.

Aníb.—(Ni yo de mi matrimonio, como decia el otro.)

Fidel.—En cuanto a su fortuna, señora.. ah! tambien la he perdido!

Cruz.—(Cómo!?)

Aníb.—(Qué dice!?)

Fidel.—Tarde conozco mis estravíos!... soy un miserable!

Aníb.—(Se ha vuelto loco?)

Fidel.—La he engañado infamemente a usted: la boleta de fianza que me firmó no era por diez mil pesos.

Cruz.—Qué dices!

Fidel.—Sino por veinte mil!

Cruz.—Desgraciado! Qué has hecho! (Déjase caer sobre un asiento.)

Aníb.—(Yo sudo!)

Fidel.—Y mis deudas aun exceden esa suma.

Aníb.—(De modo que he quedado yo muy aviado!)

Fern.—Tranquilícese, amigo mio: usted es jóven y aun puede con su trabajo...

Fidel.—Mi trabajo!... ¡Acaso yo he aprendido a trabajar?

Fern.—(Hé aquí el fruto de esos padres que con solo dejar dinero a sus hijos creen asegurarles todo porvenir!)

Fidel.—Ah, padre mio!... Si pudieras contemplar este cuadro!... A lo que han quedado reducidas vuestras economias!...

Cruz.—Pobrecito! El que no desperdiciaba un clavo!

Aníb.—(No es malo el clavo que yo me he metido!) (Señalando a doña Cruz.) Este es un cáncamo.

Fern. (A Fidel.)—Vamos, es preciso olvidarlo todo.

Fidel.—Imposible!

Fern.—Entonces, para que todo no sea perdida, aproveche usted al menos el ejemplo para el porvenir, porque en estos casos es cuando se reciben las mas sabias enseñanzas.

Aníb.—(Yo apostaría que lo que he recibido es el mas solemne chasco... ¡Bruto de mí! En buena me he metido!... Y ahora cómo me descaso!... Bien dicen que la avaricia rompe el saco... Pero esto no puede ser ...) Yo protesto, señor! Donde hai engaño, no hai trato.

Fern. (A Aníbal.)—Lo que usted debe hacer ahora es conformarse con su suerte, y aprender a llevar la cruz del matrimonio.

Aníb.—No me hace usted mala advertencia, porque la que me ha tocado es seño-

ra doña Cruz... (Y lo que es peor, sin esto... Vamos, una *Cruz sin Cristo.*)

Fidel.—Qué porvenir nos espera! De un lado la pobreza; del otro el ridículo de la sociedad!...

Fern. (A parte a *Adelina.*)—¡Te has mira-

do en ese espejo? Hé aquí la obra de un hijo pródigo...

Adel.—Y de un padre avaro.

Fern.—Justamente lo que te digo todos los días—Que siempre *Los estremos se tocan.*

CAE EL TELON.



